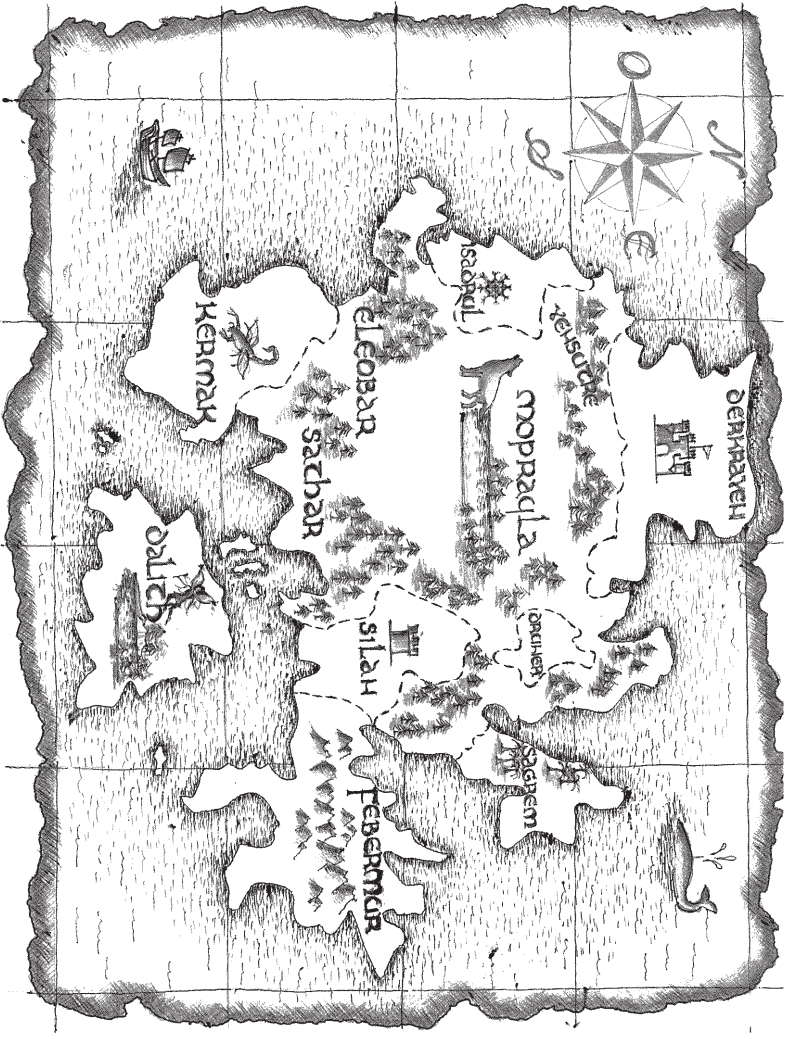


MOPRAYLA



L.M. Langoni

Moprayla



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

1ª edición: octubre, 2016

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright ©2016 by Luciana Langoni

All Rights Reserved

© 2016 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
Ediciones Urano México, S.A. de C.V.
Ave. Insurgentes Sur 1722, 3er piso.
Col. Florida. México D.F. 01030, México.
www.edicionesuranomexico.com
www.mundopuck.com

ISBN: 978-607-748-082-2

Directora de la colección Puck Mix: Verónica Flores
Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.
Armado de cubierta: Quinta del Agua Ediciones, S.A. de C.V.
Impreso por: Impresos Vacha, S.A. de C.V.
José María Bustillos No. 59, col. Algarín
C.P. 06880, México, D.F.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

1

Anya se despertó al amanecer, hacía frío, algo inusual en Mo-prayla, donde el clima tibio predomina la mayor parte del año. Escuchó un llanto a lo lejos, agudo, constante. Tomó su capa, se la echó a los hombros y salió para averiguar qué estaba pasando.

Caminó hacia un sendero rodeado de grandes pinos, las ramas centelleaban con el fino rocío de la mañana y algunos pájaros comenzaban sus primeros cantos. El llanto aumentaba de intensidad y con él los gritos desesperados en una lengua que Anya no podía entender. Algunas aves salían asustadas de sus nidos y los troncos rugían como si fueran a quebrarse mientras ella se adentraba en el espeso bosque, alejándose del campamento.

Un poco más adelante el llanto cedió y a lo lejos Anya pudo ver a su madre, Fedora, quien, acompañada de la anciana Everún y la mulata Mawale, sostenía en sus brazos a un bebé. En el suelo yacía una mujer de largo cabello negro a quien en un principio Anya no pudo reconocer; fijó la mirada en ella y se dio cuenta de que era Lathia, su hermana mayor. La anciana se le acercó con cuidado. Pronunció unas palabras en lengua furkana y Lathia comenzó a moverse de un lado a otro estirando los brazos.

Anya miraba con asombro al pequeño bulto que sostenía Fedora: estaba desnudo y sus ojos llenos de lágrimas reflejaban destellos rojizos; entregó el bebé a Everún, quien lo tomó en sus brazos y se adentró en el bosque.

Lathia abrió los ojos muy grandes, levantó los brazos y pronunció unas palabras irreconocibles cargadas de rencor. La an-

ciana giró sobre sí misma y desplegó frente a ella un escudo azul brillante. Segundos después recibió el impacto de la magia de Lathia.

Anya se concentró en Mawale, a quien llamaban «la mulata de hierro», alta, morena, de ojos anaranjados, vestía una armadura dorada que cubría la mitad de sus largas piernas; en la mano sostenía un escudo rojo con un lobo grabado en negro. La mulata lanzó un hechizo con el que logró detener la magia de Lathia mientras la anciana se perdía entre la vegetación del bosque.

Anya la siguió. Cuando la soberana se detuvo, la chica vio cómo dos animales se acercaban con cautela. El sol se filtraba por las ramas e iluminó el pelaje dorado de uno de ellos; su hocico era grande, afilado, elegante, sus ojos de color miel. Era Tessa, la loba alfa del territorio de Eleóbar. El otro tenía el pelo negro, su mirada resplandecía con la luz y hacía ver sus ojos más azules de lo que realmente eran. Se llamaba Yago, el compañero de Tessa. Anya los conocía bien; la manada que habitaba cerca de su reino las había protegido siempre.

La anciana se acercó a los lobos y entregó el bebé a Tessa. La loba abrió el hocico y tomó con cuidado a la criatura desnuda, quien permanecía en silencio. La soberana se despidió con una reverencia y comenzó a caminar hacia donde se encontraba Anya, quien se resguardó detrás de un arbusto y asustó a un grupo de pájaros que ahí descansaba. Alarmada, huyó de su escondite mientras la soberana la miraba alejarse. El sol comenzaba a calentarla, respiró hondo para recuperar el aliento y se dirigió hacia el campamento. Pensaba en el destino de esa pobre criatura y, aunque su hermana no era muy apegada a ella, la quería y le dolía ver su sufrimiento. No sabía qué había pasado, debía averiguarlo. Escuchó ruidos, detrás de un árbol pudo ver que sobresalía un mechón de pelo negro, caminó en silencio y se acercó para averiguar a quién pertenecía. Su hermana apoyaba la cabeza en el tronco y Mawale, de pie, la vigilaba. Incapaz de contener su curiosidad, se quedó quieta para escuchar la conversación.

—Las mataré a todas, una por una, no las perdonaré —gritaba Lathia obsesivamente.

—¡Silencio! —le ordenó la mulata—. Nos has traicionado.

—Sé a qué has venido, mulata, cumple tu tarea como te fue asignada —la retó Lathia.

Mawale bajó la cabeza, llevó una mano hacia la empuñadura de su espada y la desenvainó. Lathia la miró fijamente, agitó la mano y arrojó una nube negra que cubrió el lugar en segundos. La mulata, paralizada, se desmayó. La nube se dispersaba y Lathia desapareció.

Anya corrió hacia Mawale, su pecho no se movía. Comenzó a preocuparse, estaba lejos de su reino, no sabía usar bien la magia y si intentaba hacer algún conjuro podía equivocarse y empeorarlo todo. El sonido del crujir de las hojas la sobresaltó. Levantó la cabeza y vio a cuatro mujeres dirigiéndose hacia ella. Todas vestían ligeras armaduras plateadas que dejaban descubiertas sus piernas. Una de ellas, rubia, se acercó a Anya mientras las otras ayudaban a Mawale.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó tomándola de las manos.

—Sí, pero Mawale no respira, ayúdela —contestó casi gritando.

—Tranquila. ¿Qué fue lo que pasó? —la mirada de la mujer transmitía confianza.

—¿Quién eres? —le preguntó recorriéndola de arriba abajo.

—Soy Nabila, guardiana de Moprayla.

Anya no había escuchado sobre las guardianas. Mientras Nabila portaba una armadura dorada, ella vestía una túnica verde ceñida a la cintura con una cinta marrón. La mujer era una guerrera, sólo ellas usaban esa vestimenta.

Anya interrumpió sus pensamientos cuando escuchó una voz familiar.

—Anya, ¿estás bien? —la joven giró la cabeza y vio a Fedora.

—Madre, Lathia huyó —contestó preocupada.

—Tranquila. Explícame qué estabas haciendo fuera del campamento —le solicitó. Anya se sintió mejor al ver que su

madre no estaba molesta—. Me lo dirás con calma más tarde. Everún quiere verte.

Anya siguió a Fedora; las guardianas, que iban cargando a Mawale, las alcanzaron minutos más tarde. Caminaron en silencio, todas absortas en sus pensamientos. El silencio le preocupaba, estaba segura de que la habían descubierto.

Al llegar, las cocineras se encontraban recolectando bayas para el desayuno, las guerreras afilaban sus espadas y practicaban conjuros defensivos, las ancianas contaban cuentos a las más pequeñas. Moprayla era un reino surgido del bosque. Las magas dormían en pequeñas tiendas hechas de ramas y flores. Utilizaban la base de los árboles y sus raíces para construir sus moradas. Las ramas muertas servían como techo y paredes, el piso era de diversos tipos de plantas que mantenían la humedad y a los insectos fuera. Dormían en camas de paja y se cubrían con las grandes hojas de las copas de los árboles. Todas tenían su propia morada, excepto las madres que cuidaban a sus pequeñas. Una vez que éstas cumplían nueve años, les enseñaban a construir su tienda, donde habrían de pasar el resto de sus noches. Los robles y pinos eran el paisaje, así como miles de plantas silvestres que florecían todo el año. En invierno Moprayla se cubría de rosa y rojo; en verano las flores azules, moradas y blancas decoraban los troncos de los árboles. La temperatura era siempre tibia, ya que las magas habían conjurado un hechizo para evitar las heladas.

Fedora y Anya se dirigían hacia un sendero que conducía a la parte norte del campamento, en ambos lados del camino había varias antorchas que las magas prendían por las noches; no les gustaba la oscuridad. A lo lejos se veía una casa cubierta de flores silvestres, era la más grande del reino. Al llegar, Anya pensaba en los lobos que se habían llevado al bebé y en el destino de esa pobre criatura.

Fedora tocó a la puerta con delicadeza; una maga pelirroja, de nariz puntiaguda y ojos color aceituna salió a recibir las, iba descalza, revestida de una túnica del color de sus ojos. Su nombre era Omaina.

—Pasen. Everún las espera.

La casa parecía más chica por fuera. Pero adentro la sala era amplia, con un techo alto del que colgaban dos grandes candelabros tallados en madera que a través de pequeñas velas producían una luz tenue y constante. En el centro había dos sillones grandes y uno pequeño, recubiertos de un tejido de color avellana y dispuestos en forma de triángulo. Arriba de ellas volaba en círculos una parvada de pájaros azules emitiendo hermosos sonidos. De las esquinas de la estancia surgían numerosas plantas que crecían invadiendo las paredes laterales con flores y frutos de diferentes colores que cubrían el espacio de hermosas texturas y aromas. El piso era de madera y un tapete naranja, azul y verde decorado con formas de animales ocupaba gran parte de la estancia.

Frente al sillón pequeño había una chimenea de donde salían llamas azules-verdosas. El trashoguero tenía tallado el cuerpo de un lobo devorando un escorpión gigante. Sentada frente a la chimenea estaba Everún. Vestía una túnica azul cielo, su cabello blanco con destellos plateados caía hasta la cintura. Everún era delgada, de nariz recta y barba partida, algunas arrugas surcaban su rostro, pero no las suficientes como para determinar su edad. Fumaba una pipa dorada que desprendía un humo con olor a miel y especias. Anya sintió vértigo.

—Adelante, hijas —habló Everún—, las estaba esperando.

Fedora inclinó la cabeza e indicó a Anya que hiciera lo mismo. Cuando la chica se acercó a la soberana, los pájaros rompieron el círculo y se dispersaron. Algunos se posaron sobre la cabeza de Anya, quien permanecía quieta, sin entender qué sucedía. Everún observó la escena en silencio, enarcó una ceja e invitó a la joven a sentarse a su lado; Fedora hizo lo mismo sin dejar de ver a los pájaros que continuaban volando de un lado al otro de la casa. Cuando ambas se sentaron, la soberana hizo una seña para calmar a las aves, que regresaron a dar vueltas por encima de su cabeza.

—Madre venerable, aquí está mi hija, como lo pidió —habló con solemnidad, era la forma adecuada de dirigirse a la soberana.

Everún le dedicó una leve reverencia a modo de respuesta, Fedora se puso de pie y abandonó la casa. La soberana dirigió una mirada a los pájaros, se inclinó hacia Anya y la vio a los ojos:

—Has presenciado cosas que no debías.

—Pero, Madre, yo no quería —respondió Anya atribulada. Nunca había roto las reglas.

—¡Calla! —le ordenó levantando la voz—. Antes de comenzar tienes que hacerme un juramento: nunca hablarás con nadie de lo ocurrido; ningún miembro de nuestro clan deberá saber lo que atestiguaste esta mañana. Recuerda: un juramento frente a los pájaros azules es como un sello que respetarás toda tu vida. Si lo rompes serás exiliada y condenada al mismo destino que Lathia.

Akhrón caminaba de un lado a otro de su cueva. Se postró en su trono de piedra caliza, bajó su cola y tenazas para después aguzar el oído. A lo lejos escuchó pasos. El pasillo que conducía a su cueva era angosto y resbaloso, obligaba a los visitantes a caminar despacio y con cautela. Su acústica era perfecta, si alguien estaba en la entrada de la cueva, era escuchado inmediatamente por el rey.

Al poco tiempo se encontraban frente a él dos escorpionas con caparazones dorados que al verlo bajaron la cabeza. Una de ellas se aproximó al escorpión gigante.

—No tenemos noticias. Los oscuros no han mandado al mensajero que prometieron —señaló con voz firme.

Akhrón se levantó del trono y desplegó las alas. La hembra, temblorosa, dio varios pasos hacia atrás. El rey escorpión levantó su cola y la miró fijamente.

—Rashmún prometió resultados —expuso el escorpión, molesto.

—Mi señor, regresamos hoy por la mañana de Derkraven. Al no tener noticias decidí ir yo misma a buscar al mensajero de los oscuros, pero nos encontramos con una barrera mágica que nos impidió el paso —respondió con la voz temblorosa.

—Partiré con ustedes al alba, veremos si esa barrera es tan fuerte como para detener mis alas.

Akhrón era el último de su raza, una raza superior de escorpiones, más grandes, inteligentes y mortales. Su máxima habilidad era admirada por todo su pueblo: tenía alas. Había intentado durante generaciones procrear a otros como él, pero no había funcionado. Todas las crías producto de su cruce nacían muertas o con un leve suspiro de vida. Había dedicado casi toda su existencia a encontrar la manera de procrear un hijo digno de él, un heredero que lo sucediera, un príncipe digno de Kermak. Su raza y territorio sólo permanecerían bien resguardados por un escorpión volador.

Los escorpiones como él habían dejado de existir. Volar les confería una gran ventaja frente al mundo que enfrentaban día a día. Eran mejores guerreros, sus caparazones más fuertes y su veneno más letal.

La puesta del sol comenzaba en el horizonte, el desierto donde habitaban los escorpiones se fundía en colores rojizos. Los rayos solares iluminaban las dunas y los cactus dibujaban caminos en el paisaje. Akhrón se encontraba inmóvil fuera de su cueva. Su fortaleza era una montaña de piedra caliza con cuevas cavadas por sus antepasados. Era una roca que se extendía de norte a sur en forma de lanza. La morada del rey cambiaba de color; durante el día era negra, cuando el sol comenzaba a descender se tornaba rojo brillante. El negro mantenía el calor de la morada y el rojo evitaba que las frías noches del desierto afectaran al rey. Los demás escorpiones dormían en pequeñas cuevas que ellos mismos construían en la arena, muchas eran agujeros tan profundos como para mantener el calor y la humedad. Otros tomaban cientos de piedras y las apilaban hasta formar una cúpula. La gran roca roja estaba destinada al rey y a su reina.

—Partamos, debemos llegar a Derkraven antes del amanecer, cuando la magia de Rashmún comience a debilitarse —ordenó Akhrón.

Las dos escorpionas de caparazón dorado asintieron y desaparecieron junto con su amo en la profundidad y el calor del desierto de Kermak.

Caminaron por varias horas hasta alcanzar a ver en la lejanía el Reino Oscuro de Derkraven, embrujado por el mago Rashmún, de quien se decía había hecho un pacto con espíritus malignos que estipulaba protegerlos de ir al reino de los muertos a cambio de que ellos resguardaran su bosque. En ese reino los árboles tenían hojas secas, adquirían formas diabólicas, desarrollaban venenos mortales y cobraban vida ante la amenaza de un intruso. La tierra era plateada durante la noche y dorada durante el día. Quien la pisara sentía una comezón tan insoportable que lo dejaba indefenso, a merced de los árboles y espíritus. Ni siquiera el mago más poderoso se atrevía a entrar a Derkraven sin la protección adecuada. Para Akhrón no significaba peligro alguno, sabía que volando podría llegar sin dificultad a la torre del castillo y obligar a su soberano a controlar a sus espíritus para que las doradas pasaran.

Desplegó sus alas, haciéndolo ver más grande de lo que era, su caparazón rojo se reflejaba en la arena dorada del bosque. Las escorpionas lo miraban fijamente sin perder detalle.

Voló hasta el palacio de Derkraven, cuya torre era tan alta como para albergar gigantes. En la parte superior, una bandera rojinegra ondeaba con el viento. Las paredes, negras, eran de piedra volcánica, en la parte inferior no había ventanas, mientras que en la superior había tantas que era difícil contarlas. El sol se asomaba poco en Derkraven, hacía frío y el cielo era grisáceo y rojizo. La mayor parte del tiempo las nubes eran el panorama: nubes de lluvia y nieve resguardaban la morada del Oscuro, elevaban la humedad y evitaban que el sol se filtrara; otra clase de nubes eran las del bosque, la mayoría, negras, cubrían la copa de los árboles; otras eran rojas, azules y verdes.

Akhrón fijó su mirada en un balcón de la parte media de la torre y se dirigió hacia él, aterrizando con delicadeza. Estaba rodeado de figuras con cuernos, de rostros mal definidos, que con cuatro manos esculpidas a gran detalle señalaban los cuatro puntos cardinales. Al centro se erguía una gran escultura de mármol blanco con la cara mirando al cielo con dos enormes colmillos que sobresalían de la pequeña boca, los ojos eran negros, la nariz recta, los pómulos altos y la mandíbula perfecta. Las manos eran dos grandes garras. En la base de la desnuda escultura había una inscripción en idioma antiguo:

DEDICADA A MI MÁS FIEL SERVIDOR, DE LA GUERRA Y EL PODER,
GRAN SEÑOR DE LAS TINIEBLAS: BEOTUFEL

En la parte inferior de la inscripción estaba grabada una estrella de trece puntas, la última miraba hacia la tierra y al centro había un ojo escarlata rodeado por un triángulo perfecto.

El rey escorpión dio un paso hacia atrás. Beotufel era un dios maligno al que adoraban y rendían culto los practicantes de la magia negra, su imagen se encontraba por doquier, incluso la piedra más pequeña del palacio tenía labrado su signo, su nombre o su rostro.

Akhrón se adentró en una habitación alumbrada por antorchas colocadas en las esquinas. Muchas sombras se proyectaban al centro formando figuras caprichosas, como si los espíritus danzaran sin cesar a la luz de las flamas. Decidió abandonar tan temible espectáculo y atravesó la puerta que separaba la estancia de un pasillo largo y sombrío.

Caminó rápido y seguro, como si conociera el lugar, sus instintos lo guiaron hacia el lugar donde se encontraba el soberano de Derkraven. Se detuvo frente a un portón metálico grabado con la misma imagen que había visto minutos antes, empujó la puerta con cuidado y entró. Frente a la hoguera se encontraba sentado un hombre vestido con una túnica negra, los brazos

descubiertos y los pies descalzos. Al verlo, se levantó con lentitud e hizo una seña a una mujer que permanecía de pie, a su lado. La mujer dio unos pasos hacia atrás para situarse junto a la hoguera. El hombre era alto, sus ojos negros reflejaban la luz de las llamas, era de nariz recta, mandíbula cuadrada, cuerpo musculoso y pelo rubio. Su piel era tan blanca que las redes de venas y arterias le daban un tono azulado a algunas zonas de su cuerpo. En una mano cargaba un báculo negro cuyo extremo superior tenía la estrella de trece puntas. Era Rashmún, el Oscuro.